

ración. Y lo que más despertó su interés, y lo fijó más en aquel acto de la gran tragedia, fué á la verdad el contraste muy extraño entre los atavíos con que la Reina se había ornado para mostrar su culto externo á la nación y el tinte melancólico del hermosísimo rostro surcado en lágrimas, fruncido de arrugas, amargo de sonrisa, siniestro de mirada, imposibilitado en su indeliberada sinceridad de ocultar cómo le aterraban los peligros, y aun más que le aterraban los peligros, le dolían las humillaciones. Muy de mujer aquella observación sobre la diferencia entre los andrajos vestidos por la muchedumbre que invadiera la Escuela militar para ver más de cerca la corte y los plumajes de varios colores y los cintillos de luminosos brillantes y las gasas y las sedas de vaporosa ligereza con que había querido la Reina festejar muy régicamente la fiesta popular, á su corazón y á su ánimo tan odiosa. Y á la verdad lo más insignificante mostraba en su minucia cómo había crecido la democracia y menguado la monarquía. En todas partes y en todos tiempos, donde quiera iban, las gentes aguardaban á los Reyes, y no los Reyes á las gentes. En este día llegaron primero los que debían llegar más tarde por su alta situación á la cabeza del Estado y por su carácter gerárquico. Después que sus Majestades, llegaron, y mucho mejor acogidos fueron, el Municipio y el Congreso. Al Rey le dolían mucho todas estas ceremonias populares, tan opuestas á las ceremonias de su juventud, á los teatrales besamanos de su tradición, á las procesiones semi-religiosas de Versalles, á la constante adoración de que un Monarca fuera objeto hasta entonces; pero la que más le molestaba entre todas, era la dichosa repetición de juramentos, de la cual el Congreso levantaba siempre acta, como recordándole una fidelidad, á que había faltado para siempre y que había, sin esperanza de rehacerla, perdido por completo en muy continuados perjurios. Así el Rey, aunque debió aguardar á sus inferiores, contra su real costumbre, no mostró impaciencia por jurar: que le costaba dolor intensísimo, siendo para él un verdadero sacrificio el acto impuesto por la soberanía nacional á su mermada regia soberanía. Por tal razón bajó de mala voluntad la tribuna regia, y se fué de peor voluntad desde un extremo del campo de Marte, donde, rodeado por la corte, aun aparecía Rey, al otro extremo, donde, rodeado por la plebe, parecía sumergido y anegado en el océano de la democracia. Oriflamas revolucionarias, banderolas tricolores, gallardetes rojos, emblemas republicanos, picas populares, bayonetas de la Milicia nacional se aparecían á los ojos de la Reina como una selva maldita de las regiones infernales, donde había caído empujado por la fatalidad, un ser inocente como su esposo. Y al fin Antonieta era hija de Reyes pasados, madre de Reyes futuros, esposa de Reyes presentes, y la Monarquía representaba para ella una religión heredada y el Monarca se le aparecía como un Dios verdadero. Pero Madame Staël, hija de los protestantes perseguidos en la San Bartolomé; adscrita en la clase burguesa, mal mirada siempre tal clase por los Reyes; con ascendencia de republicanos en lo pasado y en lo porvenir con descendencia de tribunos que debían levantarse contra los últimos restos de la Realeza ocho lus-

tros más tarde, nos describe á Luis XVI como una víctima, y le parece cruenta hostia levantada por sus verdugos sobre los altares de la patria.

El Campo de Marte no presentaba la majestad y grandeza que otras veces presentó en los anteriores aniversarios. Como Federación quiere decir alianza, y la mayor fundada por el espíritu revolucionario se había roto, la fundamental alianza entre pueblo y trono, tan indispensable para mantener la Constitución, las federaciones, que allí debían reunirse, no querían oír hablar de paces y de armonías. Buena federación se presentaba entonces al espíritu público, en el momento de aparecer una guerra europea y relampaguear una guerra civil. Aquel grande altar de la patria, donde levantaron al cielo sacerdotes más ó menos ortodoxos la hostia consagrada entre los clamores de un pueblo, que adoraba la libertad y el Cristianismo; aquellas legiones parecidas á las legiones griegas; los coros formados por pueblos enteros; las esperanzas y las ilusiones que surgían de todas partes y por todas partes revoloteaban, habían sido reemplazadas por mutuos recelos entre la soberanía del pueblo y la soberanía del trono, los cuales recelos generaban odios y combates, bien ajenos á lo representado por aquella liturgia del progreso humano y por aquella fiesta de la fraternidad universal. El Campo llamado de Marte parecía por su nombre inhibido para representar la paz, pues aparejado como templo de esta divinidad por la revolución, en sus espacios empezaban y surgían las guerras. También, al volver de su traidora fuga la dinastía, en el Campo de Marte comenzaron las matanzas de una parte del partido revolucionario por otra parte, matanzas que habían de continuar desangrándolos mutuamente y concluir por extirparlos. Modesto aparecía en Julio del noventa y dos aquel estadio de las esperanzas revolucionarias. Sobre ochenta y tres colinillas impróvidas, semejantes á los cargos de piedra, que se acumulan y alinean por cualquier cuneta de camino real, veíanse ochenta y tres tiendas de lona, representando los ochenta y tres departamentos de Francia, más desmedradas y tristes que las usuales en los pueblos y tribus nómadas para sus travesías por el desierto. Otros tantos álamos, símbolos de la libertad, gallardeaban á la puerta de aquellos tenduchos, álamos desnudos de hojas ya, como si otoño prematuro lanzase la regular estación estival. Un catafalco de vulgarísima hechura con elocuentes conminaciones á los tiranos; una columna truncada y puesta sobre alta gradería; cuatro aras sobre las cuales ardían varios pebeteros y aromaban el ambiente varios perfumes, constituían todo el ornato inventado por el Ayuntamiento para celebración y realce de la fiesta revolucionaria. El día precedente al aniversario, el Congreso levantara la suspensión de Pétion, y Pétion pusiera sus cinco sentidos en honrar, más que los espacios de la esplanada tinta en popular sangre, los espacios de la Bastilla consagrada por gloriosos recuerdos. Lo más propio de aquella manifestación liberal consistía en un invento de Condorcet, á la verdad feliz, y muy adecuado al sentido propio de todas cuantas liturgias y ceremonias compo-

nian el democrático festejo. Un árbol, conmemorativo de los gigantes, bajo cuyas ramas, parecidas á troncos, celebraban los libres celtas sus cultos al rayo de la luna llena y al espíritu de los progenitores muertos, levantábase por las orillas del río, cargado con cascos y cimbras y cadenas y coronas aristocráticas, evocaciones del maldito feudalismo, trofeos colocados allí, no en honor de los privilegiados soberbios y de los privilegios malditos, en vejamen de las odiosas tradiciones feudales, para que un magistrado constitucional, encendiendo antorcha, tan purificadora como la revolución, prendiese fuego á una hoguera, en su pie colocada, y purificase de los miasmas evaporados por la tiranía el aire y el espíritu nacional. Como los escritores monárquicos exajeran y desfiguran todo cuanto la revolución intentara é hiciera de aparato y de fiesta, cual si los creyeran privativos de la corte y de los palaciegos, no es mucho aseguren hallarse la hoguera, que pusieran los revolucionarios alrededor del simbólico árbol, formada de tiaras, capelos, cetros, arminios, genealogías, y otros adminículos, sin los cuales no se concibe realeza ninguna, en sus mismas postrimerías necesitada del patriciado y del altar. Fuese de todo esto lo que fuera, no cabe duda pusieron los escudos en la hoguera de aquella parte del decoro real, ó de la dinastía, que, á manera de Provenza y Artois se despidieron de su hogar y se marcharon á la emigración para volcar, ciegos y traidores, sobre la patria, nada menos que un mal tan deshonesto é intenso como la irrupción extranjera y la desoladora conquista. Mas, aunque la intención de los cabilderos en la fiesta, no había soñado con vejar al Rey, el Rey quedó vejado, pues le proponían quemara él con su propia mano los timbres de su familia, los símbolos de su patriciado, las veneras de su oficio, cosa imposible, ni aun para voluntad tan pasiva como la voluntad del Rey, pero bien reveladora de que no cabían en un pacto, como el pacto constitucional, el poder de la soberanía popular y el poder de la corona hereditaria. ¿Quién podía dudarle, cuando ante los emblemas de la dignidad real, el pueblo había ceñido cada gallardo árbol de la esplanada con gorros frigos, los cuales significaban á los ojos de cuantos quisieran verlos y contemplarlos con algún verdadero sentido, el recemplazo próximo de la Monarquía, representación y forma del antiguo privilegio, por la República, representación y fórmula del novísimo derecho?

Y eso que parecía empeñado el instinto social en circuir de intensos esplendores la puesta del poder monárquico, su próximo postrer ocaso. Lucidos caballeros caracoleaban en torno de las carrozas magníficas; soberbio patriciado circuía la regia familia; iban las damas puestas como al ceremonial y besamanos del antiguo Versalles; los dos regios esposos lucían las galas mejores como en sus festividades palatinas predilectas; aumentaban el encanto sugerido por todos estos espectáculos regios la presencia de una princesa semejante á un alma del Beato Angélico y de dos niños tan gallardos y tan bellos como el Delfín y su majestuosa hermana; por un lado prestaban honor al cortejo real en vistosísima escolta quinientos granaderos pedidos para ornato y realce á la Milicia Nacional y por

otro lado los fieles suizos, como si género ninguno de alteración hubiera la cortesana etiqueta sufrido; y los tambores batiendo la marcha real con las trompetas levantando sonos parecidos á los dados en otro tiempo más feliz para la Monarquía por sus heraldos y los cañones rompiendo en salvas de regocijo prestaban tal aire anacrónico á todo aquel espectáculo de la revolución, que no parecía el poder monárquico en la víspera de su destronamiento, parecía en lo más alto de su esplendoroso zenit. Pero, ¡cuál contraste con todo aquello que los rodeaba! Las procesiones del veinte de Junio, repletas con crecido número de gentes, número superior al sumado tal día, se congregaban en torno de la tribuna real, henchida de insignias cortesanas, y sombreadas por un toldo rojo bordado de lises áureas. Picas, hachas, palos se agitaban, llevados por manos febriles, en el aire cargado con un olor á tempestad que trascendía por todas partes. En los sombreros que cubrían á la plebe y en los instrumentos de guerra que la plebe llevaba, ostentábase con las mayores letras posibles el nombre de Pétion, indirecta injuria, escupida con plena conciencia y deliberación á la familia real. Gorros colorados, como amapolas movibles y cruentas, se vieron por todas partes. Las mujeres inscritas en los burdeles y el rejujo de todos los perdidos aglomerados en las cloacas morales de toda gran ciudad, proferían voces deshonestas y entonaban báquicos cantares. La parte más demagógica de la Milicia marchaba mano á mano junta con los descamisados más perdidos. Una Bastilla en copia de cartón aparecía, sobre altísimas andas llevada por una procesión de revolucionarios en delirio. Y mientras las voces populares entonaban las más exaltadas canciones en coro formidable, repetían los soldados de línea las antiguas tocatas versallesas oídas otro tiempo bajo arboledas edénicas, entre corte de aparatosas estatuas y flexibles palaciegos, dentro de un verdadero santuario, donde parecían dioses antes los ahora vejados y escupidos. Hemos evocado el escenario cuando llegaba la hora trágica de tal escena, la hora de bajar el Rey de su tribuna para irse con la compañía ó cortejo de diputados y regidores al ara del altar que debía recibir su juramento. Para la Reina y para los palaciegos era caso averiguado que corría Luis XVI riesgo de recibir una puñalada ó un tiro, sin reflexionar en que lo salvaba de todo atentado su propia humildad, su indudable insignificancia. Madame Staël, que pretende poetizar la víctima santa puesta en las aras del holocausto, al encontrarse con que no podía en su retórica sostener figura tan ordinaria como la figura del Rey, dice que servía éste para un verdadero mártir en verdadero martirio. Michelet, más atrevido y más irreverente, se propasa con el Rey hasta decir que parecía un deudor conducido á la prisión por deudas entre dos filas de resignados acreedores. «En otros momentos, dice la gran escritora, que arriba citamos, pudo pedirle mayor grandeza, en este momento de su vida y de su historia, con aparecer idéntico á sí, tal como Dios lo había hecho y tal como era por sí mismo, aparecía sublime». Cualquiera malicioso, acostumbrado á mirar algo escondido tras las líneas escritas, creería que Madame Staël em-